

---

# **La Cabra Negra**

Antonio de Trueba

---

**textos.info**

Libros gratis - biblioteca digital abierta

## **Texto núm. 7083**

---

**Título:** La Cabra Negra

**Autor:** Antonio de Trueba

**Etiquetas:** Cuento

---

**Editor:** Edu Robsy

**Fecha de creación:** 31 de octubre de 2021

**Fecha de modificación:** 31 de octubre de 2021

---

Edita **textos.info**

---

**Maison Carrée**

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

---

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

# I

Es cosa convenida que todo cuento, fábula ó apólogo ha de tener su moraleja, palabra que, tal como suena, vale tanto como pequeña moral, aunque el Diccionario de la Academia de la lengua castellana no se ha tomado la molestia de decírnoslo. El cuánto que voy á contar tiene aún más que moraleja: tiene moral muy grande, pues con él se prueba que las faltas pequeñas van creciendo, creciendo como las bolas de nieve, hasta convertirse en delitos enormes que aplastan con su peso al individuo, á la familia ó al pueblo que incurre en ellas.

¿Quién no recuerda haber oído á su madre la historia de un gran criminal que empezó su triste carrera robando una aguja de coser y la terminó muriendo ajusticiado en un patíbulo? Historia muy parecida á la de este desdichado es la del pueblo de San Bernabé, sobre cuyas solitarias ruinas, cubiertas de zarzas y yezgos, y coronadas con una cruz como la sepultura de los muertos, me lo contaron una tarde á la sombra septentrional, de la cordillera pirenaico-cantábrica.

## II

En una de aquellas colinas pertenecientes al noble valle de Mena, que se alzan entre Arceniega y el Cadagua, dominados por la gran peña á cuyo lado opuesto, que es el meridional, corre, ya caudalososísimo, el Ebro, existía desde el siglo VIII un santuario dedicado al apóstol San Bernabé. Este santuario era uno de los muchos que desde el Ebroal Océano, separados por un espacio de diez leguas, originó la piedad de aquella muchedumbre de monjes y seglares que se refugiaron en aquellas comarcas cuando los mahometanos invadieron las llanuras de Castilla y se detuvieron en la orilla meridional del gran río, sin atreverse á pasar á la opuesta en cuyas fortalezas naturales los esperaban amenazadores y altivos los valerosos cántabros reforzados con los fugitivos de Castilla.

Mientras la guerra fué el estado normal de la península ibérica, las comarcas de aquende el Ebro (escribo orilla del Océano cantábrico) se vieron casi despobladas, porque sus moradores, ya movidos por su carácter belicoso que no pudo domar por completo la soberbia Roma, como lo prueba aún la existencia de la lengua aborígen ibérica, ó ya obedeciendo á sus particulares instituciones, en vez de manejar la esteva y la azada, manejaban la ballesta y la lanza.

Cuando con la completa expulsión de los mahometanos de la península hispánica, que habían soñoreado casi por completo por espacio de más de siete siglos, y más tarde, con la institución de los ejércitos regulares y permanentes y la mejora de las relaciones internacionales, la guerra dejó grandes períodos de descanso y respiro á España, estas comarcas vieron aumentar notablemente su población, antes tan mermada, que aun á fines del siglo XVI se hizo constar, en un documento oficial y solemne, que en Vizcaya, cuyo número de almas apenas pasaba de sesenta mil, existían diez mil viudas cuyos maridos habían muerto en defensa de la patria. La patria, por cuya gloria habían dado la vida aquellos diez mil vizcaínos, era Castilla, era España, cuyas glorias y tribulaciones siempre tuvo. Vizcaya por tribulaciones y glorias propias, así mientras no la ligaron á ella más vínculos que los de la hermandad y la fe, como desde 1379 en que se

incorporó á la corona de Castilla por haber ascendido al trono castellano sus señores condicionalmente hereditarios.

Cuando, en tiempos relativamente muy próximos á los nuestros, la población de aquende el Ebro crecía, crecía de modo que no quedaba vallecito al pie de las montañas ni relleno en las faldas y aun en las cumbres de éstas que no se fuese utilizando para la población y el cultivo, llegó al santuario de San Bernabé, entonces solitario y aislado en la cumbre de una colina, un peregrino cuya cuerpo estaba lleno de cicatrices adquiridas lidiando valerosamente por la gloria de su patria. España, en los campos de Flandes. Era un soldado cántabro, que había prometido al apóstol visitar su santuario si tornaba á ver las amadas montañas de la patria.

Decidido á trocar la azarosa vida del soldado por la pacífica del labrador, que había sido la de su primera juventud y se aviene más con la edad provecta, pidió con ardiente fe al santo apóstol que iluminase su inteligencia al escoger el rincón del mundo donde con más honra de Dios y de la sociedad civil había de pasar el resto de su vida; y como al salir del templo echase de ver que á la sombra de éste se extendían primero en suave declive y luego en apacible llano, terrenos incultos, soleados y cubiertos de una espesísima capa de mantillo vegetal, que prometían pingües cosechas de cereales, legumbres, frutas y vino, entendió que aquel era el sitio que el apóstol le designaba para la creación de su hogar.

Apoyado en las leyes que aseguraban la propiedad de los terrenos no amojonados é incultos á sus roturadores, quebrantó algunas aranzadas de terreno, y tales resultados obtuvo de este trabajo, que en seguida labró una casería en la cabecera de las nuevas roturas, y pocos años después San Bernabé era un pueblecito de veinte vecinos, cuya prosperidad envidiaban todos los de la comarca.



En verdad, en verdad os digo que los vecinos de San Bernabé eran dignos de envidia. Aldea tan sana y alegre y rica y feliz como aquella no existía desde el Ebro al Océano cantábrico, donde ya existías tú, ¡oh mi dulce aldea nativa, que si nunca has sido rica, siempre has sido sana y alegre y relativamente feliz, menos cuando la guerra, que Dios y los hombres maldigan, ha extendido sobre tí sus negras alas!

San Bernabé tenía cirujano propio, porque no se dijera que cuando Dios colmaba de prosperidades al pueblo, éste trataba de escatimar algunos miles de reales; pero lo cierto es que el cirujano se aburría por no saber en qué pasar el tiempo, pues allí sólo se conocía una enfermedad, si bien tan grave que no tenía cura: esta enfermedad era la vejez; que en San Bernabé no solía notarse hasta los setenta años. Unicamente abundaban en el pueblo los partos, porque las sambernabesas eran fecundas como un demontre; pero aun así se aburría el pobre facultativo porque como las mujeres eran muy sanas y robustas, al día siguiente de parir ya las tenía usted como si tal cosa. En golpes de mano airada no había que pensar, y esto tenía una explicación muy sencilla: dice el refrán que donde no hay harina todo es mollina; y como en San Bernabé no había casa donde la honra no sobrase, todos vivieron como hermanos, y jamás en la aldea había un quítame allá esas pajas.

Los campos que por término medio suelen dar de peñas arriba el diez por uno de cereales, daban en San Bernabé el veinte ó veinticuatro. Luego, como en torno de la colina en que se alzaba la aldea coronada por su iglesita bizantina, se extienden dilatados encinares con cuya bellota se cebaban centenares de cerdos y dehesas no menos dilatadas donde millares de ganados reventaban de gordos todo el año, el vecino más pobre tenía cuanto jamón, leche y carne necesitaba para el gasto de su casa, y cada año sacaba un dineral del sobrante. El vino que se cosechaba en San Bernabé era flojito, pero el pícaro se dejaba beber que era una delicia y alegraba sin emborrachar, que es lo que deben hacer los vinos como Dios manda. En cuanto á la abundancia y calidad de los frutos

de San Bernabé, bastará decir en su elogio que desde que coloreaba la primera cereza hasta que lloraba el último higo, todos los pájaros de ambas orillas del Ebro trasladaban su residencia á San Bernabé, donde á todas horas armaban una música que arruinaba y desacreditaba á los tamborileros. Solamente la miel que exportaban los sambernabeses importaba miles de reales al año, porque era tan abundante como rica, merced á la abundancia de flores y plantas aromáticas que embalsamaban en todo tiempo aquel paraíso.

Pues si la abundancia reinaba en todas las casas-de la aldea, ¿no le digo á usted nada de lo que reinaba en la depositaría del municipio! Los gastos de éste eran relativamente enormes, porque culto y clero, cirujano, escuelas de ambos sexos, alguacil, postor, guarda de campo, sereno, todas las dependencias del municipio estaban espléndidamente dotadas; y en obras públicas, tales como la compostura y conservación de caminos y paseos, y limpieza del riachuelo para que sus aguas no se estancasen y produjesen tercianas, se gastaba un sentido. Aun así, la depositaría rebosaba siempre dinero, y eso sin necesidad de repartos vecinales, sisas ni arbitrios de ninguna clase: en un solo día del año, con un módico lucro en la venta de vino y otros artículos que se reservaba para eso día el ayuntamiento, sacaba éste recursos sobrados para atender á todas sus obligaciones. Este día era el del santo titular, que se celebraba el 11 de Junio, en la estación de las flores y las cerezas.

Ya desde tiempo inmemorial era muy concurrida la romería de San Bernabé, pero el ayuntamiento del pueblo había encontrado medio de llevar á ella la cuarta parte de los habitantes de las provincias de ambas orillas del Ebro, y este medio consistía en la preparación de magníficas función os de iglesia, toros, comedias, fuegos artificiales, partidos de pelota, bailes, rifas á favor de los forasteros, músicas y fuentes públicas de vino, cuyo programa se fijaba con la debida anticipación en el pórtico de todas las iglesias de los pueblos comarcanos.

El dinero que los forasteros dejaban en San Bernabé el día de la romería, bastaba para enriquecer á los vecinos en particular y al ayuntamiento en general.

Para que todo fuese dicha en San Bernabé, aquella aldea hasta tenía la de que los pedruscos que desolaban todos los veranos los campos de los lugares cercanos, no tocasen los suyos. Y esto se debía á la sabia previsión de los sambernabeses. Los curas de Biérgol, pueblecito de

aquella comarca, tenían desde tiempo inmemorial fama de singular virtud para conjurar los nublados y la oruga, como consta en el archivo municipal de Balmaseda, cuyo ilustre y progresista hijo, el difunto D. Martín de los Heros, muy dado á esta clase de investigaciones, averiguó que la noble villa debió infinitas veces á aquella virtud la salvación de sus amados viñedos. Los sambernabeses, que no tenían pelo de tontos, se empeñaron que su señor Cura, costoso lo que costase, había de ser natural de Biérgol, y se salieron con la suya.

Esta adquisición les dió soberbios resultados. Asomaba la tempestad, rugiendo como un león y negra como el pecado, por las cimas de Ordunte, ó Angulo, ó Grorboa, ó Colisa, ó Ayala ó Bagasarri, y el señor don José, que así se llamaba el Cura, se encaraba con ella desde el campo de la iglesia, mientras el sacristán tocaba á *tente-nube*, como diciéndole: ¡Anda, chiquita, atrévete á venir acá, que ya nos veremos las caras! La tempestad bramaba de rabia ante aquel desafío, y avanzaba, lanzando rayos y centellas y piedras y demonios colorados sobre los campos de los lugares cercanos á San Bernabé; pero antes de llegar á la jurisdicción de esta aldea, se paraba palpitando de ira, lanzaba el trueno gordo para desahogarse un poco, daba media vuelta á la izquierda ó á la derecha de San Bernabé, y continuaba su camino, mientras los sambernaboses seguían al señor Cura á la iglesia para entonar un *Te-Deum* por la victoria obtenida sobre el monstruo que amenazaba sus fértiles y benditos campos.

Sólo un pesar lastimaba á los felices sambernabeses, y ara la envidia que les tenían los habitantes de los pueblos comarcanos, singularmente los de Biérgol, que según sus sospechas andaban siempre sonsacando al señor cura su paisano para que se volviese á su pueblo, que no tenía la dicha de poseer Cura natural del mismo.

## IV

Describamos de cuatro plumadas la población de San Bernabé, para que así se comprenda mejor lo que en ella va á pasar.

La iglesia parroquial, que aunque pequeña, era muy linda y, como he dicho, coronaba la colina dominando las montañas de las Encartaciones de Vizcaya (el valle de Mena pertenece á la provincia de Burgos, aunque Dios le formó pedacito de Vizcaya) y gran parte de los valles de Mena. Tudela y Ayala.

Un gran campo poblado de seculares encinas, cerezos y nogales, á cuyo pie había asientos de piedra, rodeaba la iglesia prolongándose en semicírculos por el declive oriental de la colina, como para buscar la calle de la aldea que estaba hacia aquel lado y empezaba donde el campo concluía. A un extremo de esta prolongación estaba la casa consistorial, cuyo piso bajo ocupaban las escuelas y la habitación del maestro y la maestra, que eran marido y mujer, y el superior las del alguacil y otros dependientes del concejo. Al extremo opuesto estaba otra casa de dos pisos, que ocupaban el señor Cura, el sacristán y el cirujano por último, las veinte casas restantes formaban una ancha calle, de diez en cada hilera, con medianería de hermosas huertas, en el declive oriental de la colina, empezando, como he dicho, donde concluía el campo, y terminando donde empezaban las heredades que circuían toda la colina, y descendiendo al llano se dilataban por él formando corta pero fertilísima vega.

Era una tarde del mes de Julio, y los vecinos de San Bernabé andaban muy ocupados con la siega del trigo y con la resalla ó roseerda del maíz. El sol se escondía ya tras las cordilleras de Ordunte, rojo como la *zamarra* que voltean bajo el enorme mazo los *ola-guizones* del cadagua. El señor Cura, que compartía la caída de las tardes de verano entre un hermoso loro que tenía siempre en el balcón y un desportillado breviario que tenía siempre en el bolsillo, hizo una caricia al loro, y saliendo al campo se sentó al pie de una encina á leer su breviario.

Dos rengloncitos para dar á conocer al señor Cura, aunque bastante se

dará él á conocer durante este verídico cuento, en que lo único que tengo que inventar es el modo de decir las cosas un poquito mejor que las dice la gente de quien las averiguo. El señor Cura de San Bernabé era lo que en el lenguaje familiar llamamos un bendito: tenía en el corazón el máximo de la fe y la bondad que se necesitan para ascender al cielo, y en la cabeza el mínimo de la inteligencia que se necesita para ascender al sacerdocio.

Una mujer pasó viniendo de hacia las heredades, y entre ella y el señor Cura se entabló el diálogo siguiente:

—¡Buenas tardes, señor don José!

—Buenas te las dé Dios, Juana. ¿Vas ya de retirada, eh?

—Sí, señor, voy á preparar la cena, porque aquellos pobres ya tendrán gana.

—La siega es un trabajo muy pícaro.

—Callo usted, señor, si al cabo del día tronza el espinazo y los brazos, y más aquí que pesa tanto la espiga.

—Este año parece que está bueno el trigo.

—Como todos los años. No parece sino que Dios derrama todas sus bendiciones sobre San Bernabé.

—¡Es lástima que no conceda igual beneficio á los pobres pueblos inmediatos!

—Ande usted, señor, que bien merecido lo tienen por envidiosos.

—Mujer, no digas eso.

—¿Y por qué no lo he decir? ¡Ay! señor don José; ¡ya se conoce que usted no os del pueblo!

—¿También tú sales con esas chocheces? Para el sacerdote todos los pueblos son uno, porque todos los hombres, vivan donde vivan, son hijos de Dios, y por consiguiente, hermanos.

—Sí; pero á cada uno le tira su pueblo más que los otros, como le sucede á usted.

La mujer continuó su camino, y poco después, de la chimenea de su casa se alzaba una azul humareda. Sucesivamente fueron pasando otras mujeres, teniendo parecida conversación con el señor Cura, y sucesivamente fué alzándose el humo de otras casas.

## V

El sacristán atravesó el campo, dirigiéndose a la iglesia, y tocó á la oración. Ya entonces conversaban con el Cura algunos vecinos que iban llegando de las heredades y se iban sentando bajo las encinas para descansar, charlar un poco y echar una pipada, mientras en su casa se preparaba la cena.

El señor Cura, al oír el toque de la campana, se levantó, se descubrió la cabeza, y todos le imitaron. Rezadas las Avemarías, que dirigió el señor Cura, todos volvieron á sentarse, á fumar y á charlar.

Poco á poco fueron llegando otros vecinos, hasta reunirse allí casi todos los de la aldea. Hacia el camino del monte sonaron cencerillas de ganado, y un momento después aparecieron en el campo todas las cabras y ovejas del pueblo, que en verano dormían al fresco en dos grandes rediles colocados, el de las ovejas delante de casa del señor Cura, y el de las cabras delante de la casa consistorial ó del concejo

Las cabras eran todas blancas, como generalmente lo son las de aquella comarca, menos una, que era negra como la mora. Esta cabra llamó la atención de los sambernabeses.

—¡Calla!—dijo uno de ellos;—¡esa cabra es forastera!

—De juro—asintieron otros.

—Hombre, ¡qué gorda y hermosa es!

—¿De dónde es esa cabra negra, pastor?

—Ella, contestó el pastor, forastera es; pero no sé de dónde, porque en el monte se han reunido hoy con las nuestras las de Biérgol y otros lugares.

Al día siguiente, á la misma hora, la misma cabra apareció en el mismo sitio, entre las de San Bernabé, y suscitó parecida conversación.

Al otro día sucedió lo propio.

—Por lo visto—dijo uno de los vecinos,—la cabra negra se ha empeñado en ser sambernabesa.

—¡Y que alhaja es! Hombre, ¡si revienta de gorda!

—¡Saben ustedes que para una merienda entre todos los vecinos del pueblo era á pedir de boca!.

—¡Excelente idea!

Los sambernaboses tenían en aquel instante flojo el estómago, y ya se sabe que esta flojedad inspira las ideas más atrevidas. ¡Cuántas gloriosas resoluciones políticas han sido inspiradas por la flojedad de estómago!

—¡No digan ustedes disparates!—replicó el señor Cura, disgustado de que aun en broma tratasen gentes cristianas y honradas de apropiarse lo ajeno.

—Usted ha de perdonar, señor Cura—le contestó uno de los vecinos;—pero no me parece ningún disparate el que nos comamos en amor y compañía una cabra que no tiene dueño.

—¿Y quién les dice á ustedes que no le tiene?

—Claro está que no le tiene, cuando nadie la reclama..

—En ese caso también se diría que no tiene dueño el bolsillo de dinero que uno se encuentra en un camino, y sin embargo no puede uno disponer de ese dinero, aunque su dueño no lo reclame.

—¿Que no? ¡Ave María purísima! nunca oí otro tanto. ¡Diga usted que yo me encontrara mañana una docenita de onzas, y vería usted si disponía ó no de ellas! Lo que se pierde es del que se lo encuentra.

—Lo que se pierde es del que lo ha perdido. La Sagrada Escritura dice: «Si encontrases buey ú oveja de tu prójimo, devolvérsele debes.»

—Pero venga usted acá señor Cura, y dígame una cosa. Si mañana, ú otro día, se va una cabra de las nuestras..por ejemplo, con las de Biérgol, y los de Biérgol ven que pasan días y días sin reclamarla su dueño, ¿cree usted que no se la comerán?

—Harán muy mal, si se la comen.

—Pero se la comerán.

—¡Claro está!—exclamaron todos los vecinos.

—Pues yo digo que está turbio—replicó cada vez más incomodado el señor Cura, levantándose de su asiento.

—Nada, nada; mañana, si Dios quiere, que es domingo, á la caídita de la tarde, hacemos aquí mismo una merendona con la cabra negra.

—No harán ustedes semejante picardía.

—Pero, ¿por qué no, señor Cura?

—Porque sería faltar á los Mandamientos de la ley de Dios.

—¡Cá!—repuso con malicia uno de los vecinos;—no es por los Mandamientos por lo que se opone usted á que nos comamos la cabra: es porque sospecha usted que la cabra es de Biérgol.

—¡Justo, por eso es!—asintieron todos los demás.

—Ya me tienen ustedes hartos con tan ruines sospechas. ¡Pero no sean ustedes tercos, hombres de Dios! Si quieren tener mañana una merienda ténganla como Dios manda; háganlo á escote...

—¡A escote! Eso no tiene gracia. La gracia está en que merendemos sin costarnos un cuarto.

—A costa del vecino, ¿no es verdad?

—Del vecino, ¿eh? Ahí, ahí os donde le duele á usted, señor Cura.

El señor Cura no pudo aguantar más: viendo que no hallaba medio de convencer á aquellos majaderos, tomó el camino de su casa, después de lanzarles esta especie de triste profecía:

—Harán ustedes la picardía que se los ha puesto en la cabeza, pero no la harán impunemente; San Bernabé ha sido hasta aquí un pueblo feliz y próspero, porque hasta aquí ha sido justo y honrado; pero tengan ustedes

entendido que los individuos, las familias y los pueblos, empiezan á ser desgraciados allí donde empiezan á ser injustos.

Los sambernabeses se pusieran un poco pensativos al oír estas palabras; pero como uno de ellos exclamase al fin:

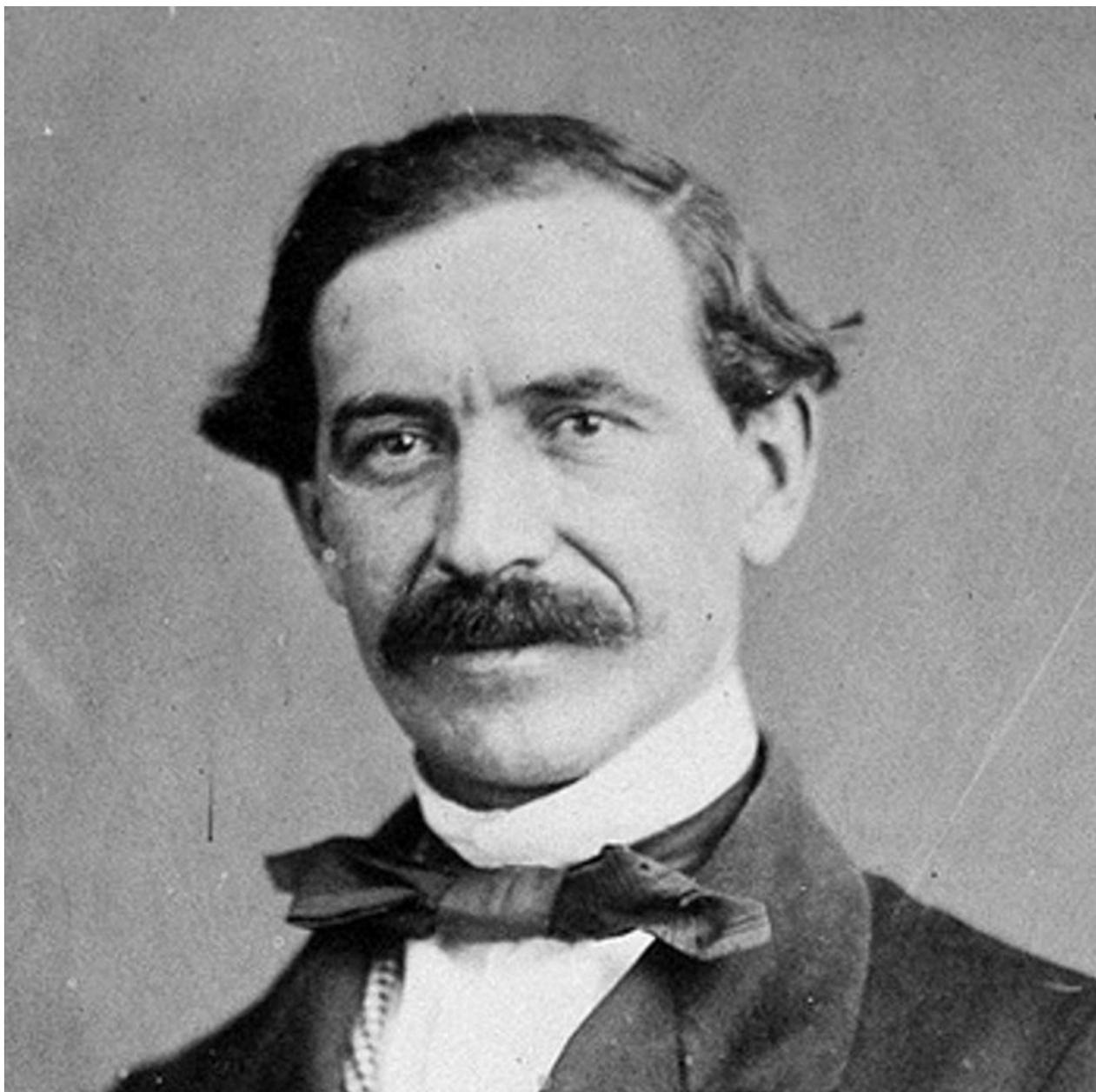
—¡Qué demonios! dejémonos de escrúpulos de monja, y merendemos mañana la cabra negra.

—Sí, sí—asintieron casi todos;—mañana domingo nos la merendamos con un pellejo de vino que pagaremos á escote.

Y en efecto, al día siguiente la cabra se merendó entre todos los vecinos en el encinar de la iglesia, con gran algazara y salvas de cohetes y escopetazos y burlescos brindis á los lugares inmediatos y particularmente á Biérgol.

Entre tanto, el señor Cura pedía á Dios en la iglesia que no tomase en cuenta la obstinación con que aquellas gentes, hasta allí tan justas y honradas, quebrantaban uno de sus mandamientos.

## Antonio de Trueba



Antonio de Trueba y de la Quintana (Galdames, 24 de diciembre de 1819-Bilbao, 10 de marzo de 1889) fue un escritor español, conocido también como «Antón el de los Cantares».

Nació en la localidad vizcaína de Galdames el 24 de diciembre de 1819 y su nombre completo era Antonio María de Trueba y de la Quintana. Hijo de campesinos muy pobres, su vocación literaria se despertó con los romances de ciego que le traía su padre cuando venía de visitar una feria. Tuvo que abandonar pronto la escuela para trabajar la tierra y el mineral

de las minas de Las Encartaciones, su lugar natal. Cuando contaba quince años (1834) marchó a Madrid para evitar la primera Guerra Carlista; allí se empleó en la ferretería de un tío suyo y robó tiempo al sueño instruyéndose de forma autodidacta y leyendo autores románticos españoles.